

EL ORIGEN DE LA BIBLIA

F. J. Kerkhof

El SEÑOR mismo se ha preocupado de que la Biblia surgiera como Palabra Suya. Para que los "libros de Moisés" o Torah pudieran ser escritos, el SEÑOR procuró que Moisés tuviera una buena educación y enseñanza. El evangelista Lucas, en el cap. 7 de los Hechos de los Apóstoles, expone la razón por la que el mártir Esteban se justifica ante el gran Concilio. En su defensa expuso una parte del plan salvífico de Dios con Su pueblo. Uno de sus alegatos fue la protección y vocación de Moisés con el fin de convertirse en mediador del antiguo Pacto. Dios se cuidó de que fuese "enseñado en toda la sabiduría de los egipcios" (Hch. 7: 22). Moisés entendió aquella vocación; pero sus compatriotas no lo entendieron así (v. 25).

En diversas ocasiones leemos en las Escrituras acerca del mandato de Dios que se escriban los acontecimientos para ser recordados; véase, por ejemplo, Ex. 17: 14. Los grandes hechos del SEÑOR no debían ser olvidados ni deformados con el tiempo por la tradición. A este respecto, consúltese también Ex. 24: 7, donde se habla de "el libro del Pacto". Asimismo en muchos lugares de las Escrituras se habla de escribir en libros, o sobre el mandato de dejar constancia de ordenanzas, leyes, castigos y hechos del SEÑOR. Josué, sucesor de Moisés, ordenó a los hijos de Israel que dejaran constancia escrita de la partición de Canaan (Js. 18— 8-9); y, de manera semejante, ha ocurrido con otros libros en los que las Escrituras se pronuncian al respecto, v. gr., en 2 S. 1: 18, donde se relata que el lamento de David sobre la muerte de Saúl y Jonatán sea puesto por escrito para la posteridad en el libro de Jaser (: libro del justo). Todo el que lea las Escrituras encontrará muchísimos lugares que hacen mención de dejar constancia en forma de libro. Los Salmos fueron transcritos para los cantores y músicos. Bajo el mandato de Esdras fue restablecido el culto litúrgico; y entre los que retornaron de Babilonia había 128 cantores, hijos de Asaf; y cuando se inauguró la casa de Dios, el templo, cantaron de forma dialogada al SEÑOR, Dios del Pacto, entre otras con las palabras del Salmo 136 (cf. Esd. 2 y 3).

Asimismo, en muchas ocasiones, se habla de un secretario o escriba. Esto hace comprensible que, tras el destierro babilónico, cuatro siglos antes de nuestra era, ya estuvieran compilados los escritos del Antiguo Testamento como el libro del antiguo Pacto: un libro al que jamás se le ha añadido o quitado algo.

De dos libros importantes del Nuevo Testamento se hace mención expresa de su propia historicidad: Lucas comienza así la referencia de su Evangelio:

"Puesto que ya muchos han tratado de poner en orden la historia de las cosas que entre nosotros han sido ciertísimas, tal como lo enseñaron los que desde el principio lo vieron con sus ojos, y fueron ministros de la palabra, me ha parecido también a mí, después de haber investigado con diligencia todas las cosas desde su origen, escribírtelas por orden, oh excelentísimo Teófilo, para que conozcas bien la verdad de las cosas en las cuales has sido instruido" (1: 1-4).

En los Hechos de los Apóstoles continúa su propósito de escribir la historia de la difusión del Evangelio:

"En el primer tratado, oh Teófilo, hablé acerca de las cosas que Jesús comenzó a hacer y a enseñar, hasta el día en que fue recibido arriba,

después de haber dado mandamientos por el Espíritu Santo a los apóstoles que había escogido; a quienes también, después de haber padecido, se presentó vivo con muchas pruebas indubitables, apareciéndoseles durante cuarenta días y hablándoles acerca del reino de Dios. (1: 1-13).

Las cartas, por su naturaleza, han surgido como documentos, y otro tanto debe decirse del Apocalipsis de Juan, último libro de la Biblia. Pero también los Evangelios de Mateos, Marcos y Juan llevan este carácter de documento histórico, como se puede ver por la constatación en Mt. 1:22: "Todo esto aconteció para que se cumpliese lo dicho por el SEÑOR por medio del profeta..." O también en Me. 1:2: "Como está escrito en Isaías el profeta..." Juan en su Evangelio introduce a Juan Bautista hablando de esta manera, cuando escribe de él: "Confesó, y no negó, sino confesó: yo no soy el Cristo" (1: 20). Y al seguir preguntándole los judíos, Juan dio una respuesta que remite al profeta Isaías (cf. Jn. 1: 23). Los dos últimos versículos de este Evangelio expresan:

"Este es el discípulo que da testimonio de estas cosas, y escribió estas cosas; y sabemos que su testimonio es verdadero. Y hay también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir. Amén".

A veces, al servicio del Señor se le califica de "religión del Libro". Y, efectivamente, desde un principio el Dios de cielos y tierra se ha cuidado de la fijación por escrito de Su Palabra, para que supiésemos cómo El quería ser servido. El pueblo de Israel ha cumplido con el deber y el cuidado de poner por escrito y conservar la Palabra de Dios a través de los siglos con gran fidelidad. Siendo esto así, la verdad de la Palabra de Dios, en su totalidad, está firme y constituye un compás o regla plenamente fiable.